

los Arnulfos y Olivas. El viajero que en agosto de aquel año se dirigía á la confluencia del Ter y del Fraser, veía aterrado levantarse entre humeantes escombros é insepultos cadáveres la basilica de Oliva incendiada, las casas monacales desiertas, la iglesia de San Pedro convertida en inservible fuerte, la de San Eudaldo privada del Santo titular que con los prisioneros de guerra fué conducido á Berga. La desolación y el silencio de la muerte sustituían al ruido de los talleres, á las alegres canciones de los artesanos, á la majestad y grandeza de las funciones religiosas. La villa de los Abades habia seguido la trágica suerte del monasterio.



CAPÍTULO XV

EFFECTOS DE LA DESAMORTIZACIÓN EN EL CENOBIO.

RUINA DE SU TEMPLO.

Los repobladores de la villa.—El monasterio es su asilo.—Junta de restauración.—Gestiones para salvar el templo de SANTA MARÍA.—Lo concede el gobierno para parroquial.—Caduca la concesión.—Muerte del Abad Borrell.—La desamortización.—Venta del palacio abacial, del colegio May y demás dependencias no monumentales del cenobio.—Proyectos bastardos contra el histórico templo.—Escandalosa venta del artesonado del Claustro-Panteón.—Ruina del ala de los sepulcros condales.—Trágica muerte del delegado de la desamortización.—Reacción favorable al Real Santuario.—Tristes escenas en su recinto durante el cólera de 1854.—Hundimiento de la gran bóveda ojival.—Aspecto de las ruinas del gran monumento.—El laureado romance ¡RIPOLL! del eminente poeta Francisco Ubach y Vinyeta.—Consideraciones.



HABIAN apenas trascurrido dos años, cuando ya numerosas familias estaban de regreso en la confluencia del Ter y del Fraser, buscando entre ruinas sus desaparecidos hogares. «*La nostalgia nos consume*»; tal era la respuesta con que mutuamente se explicaban su presencia en aquellos sitios. ¿Cuál fué de momento su pro-

1837

tector asilo? El monasterio; bien lo saben los hijos de aquellos infelices repobladores. La Curia, el palacio Abacial, las casas de los monjes, el alfolí, el molino, el colegio May eran los únicos puntos habitables y habitados; allí se instalaron las Casas Consistoriales, el hospital, las tiendas en que se vendían los artículos de primera necesidad, y aquellos infortunados que preferían vivir con sus recuerdos en el vasto cementerio que había sido Ripoll al regalo de populosas ciudades, impulsados por el hábito visitaban de continuo el templo de SANTA MARIA ennegrecido por las llamas, ávidos de antiguos consuelos que en el sagrado recinto habían siempre encontrado.

Entretanto volvían los prisioneros; San Eudaldo era devuelto á su iglesia; creábase una Junta de restauración, y, en honor suyo dicho sea, sus primeras gestiones para con el gobierno se encaminaron á salvar la basílica, logrando en 1842 una Real Orden por la que era cedida aquella para parroquial. «¡Oh! decían nuestros padres, ya hemos librado el mayorazgo de Wifredo de las garras de la desamortización, la villa está arruinada; pero nuestra parroquia, restituidos que le sean los altares, será la mejor de Cataluña: ¡buen principio!».

Cometiése entonces, á nuestro parecer, una omisión trascendental, pues de ella provino la lenta pero segura desaparición del monasterio. El Ayuntamiento llamó á la Comunidad de presbíteros y les propuso trasladarse á SANTA MARIA; ellos hicieron presente que no podían admitir la propuesta sin anuencia del Ilre. Borrell, prelado ordinario de la villa, al cual incumbía entender en el asunto. ¿Porqué la Corporación municipal, ni en esta ni en las muchas cuestiones que surgieron, no consultó, ni siquiera invitó á su prelado? La dignidad del Ilre. Borrell en 1842 era igual á la de su antecesor, cuando veinte años antes fué suprimida por vez prime-

ra su Comunidad (1). Los dignos presbíteros de San Pedro, se veían en la imposibilidad de aceptar la oferta en los términos que se les proponía, en nada contribuyeron pues á la ruina, como inconsideradamente han querido suponer los que precisamente no han dado pruebas de grande entusiasmo por la conservación del Monumento.

Pasado el término concedido, la parte monumental del cenobio volvió al gobierno, y la descorazonada desamortización amenazó, de continuo desde entonces, borrar el recuerdo más glorioso de la antigua Cataluña. Para colmo de desgracia, si bien la catástrofe de 1839 había operado una favorable reacción en favor del monasterio, no faltó gente insensible para el Arte y para la Historia, que espía el momento de hacer su ruin negocio con la compra á bajísimo precio de los terrenos de la abadía.

La vida del ilustre prelado aplazaba la ejecución de esos viles proyectos: su muerte no se hizo esperar. Agobiado por los años y escaso de recursos, tuvo que trasladarse desde Borredá á Talarn su país natal, donde hasta el fin de sus días siguió dando ejemplo de caridad, mansedumbre y demás virtudes que le adornaban. Diariamente celebraba en la parroquial iglesia la santa misa, usando propios ornamentos; antes de morir dispuso que fuesen devueltos á SANTA MARIA algunos de los objetos á su custodia confiados. Falleció en su patria á 27 de octubre de 1845, á la avanzada edad de

(1) Recuérdese que á consecuencia del decreto del 1.º de octubre de 1821 que firmó Fernando VII antes de partir al Escorial, fueron suprimidos un número considerable de monasterios, y sus bienes invertidos en el pago de la deuda. Entonces, como hemos apuntado más arriba, el abad Portella se había quedado en su palacio con el nuevo nombre de *Prelado ordinario, con territorio separado, vere nullius*.

81 años, nueve meses. Fué enterrado modestamente en el cementerio, sin que un sencillo epitafio recuerde su dignidad, sus virtudes y sus desgracias (1).

Poco á poco le siguieron al sepulcro los individuos de su Capitulo; hoy han desaparecido ya todos los compañeros del piadoso D. Manuel de Llisach y del sábio D. Roque de Olzinellas. Su memoria bendita estará siempre gloriosamente enlazada con el primer recuerdo monumental de la Reconquista (2).

Vacante la Sede abacial con la muerte del respetable octogenario, fueron nombrados delegados apostólicos de la abadía los sucesores del Abad Oliva en el obispado de Vich, habiendo gozado de esta prerogativa sucesivamente los Illtres. Obispos Luciano Casadevall, Antonio Palau, José Castañer y Luis Jordá, hasta que por las Letras apostólicas de nuestro Santísimo Padre Pio IX, de santa y gloriosa memoria, dadas en San Pedro de Roma á 14 de Julio del año 1873, fueron abolidas en España todas las jurisdicciones eclesiásticas privilegiadas, y agregados á las Diócesis inmediatas los territorios, lugares y monasterios á dichas jurisdicciones sujetos. La abadía de Ripoll inaugurada en 873 en Daguino, terminaba *después de mil años justos y cabales* con las Letras apostólicas de 1873.

Doloroso es ahora consignar como, á partir del año 1846, la destrucción del cenobio fué consumada por el

(1) Nos complacemos en hacer constar que la mayor parte de los pormenores que del Abad Borrell referimos, los debemos al Rdo. Junoy cura párroco de Talarn, quién sin conocernos, se apresuró con un celo digno de elogio, á satisfacer cuantas preguntas le dirigiamos en la carta que al objeto le remitimos.

(2) Aunque suprimidas las órdenes religiosas en 8 de marzo de 1836, visitaban los benedictinos con frecuencia su querido cenobio, habiendo podido salvar, según tenemos entendido, dos cajones de alhajas que en 1842 salieron de la villa.

delegado de la desamortización con tan repugnante cinismo y aparato vandálico, que dejó muy atrás á los incendiarios de 1835.

No entraremos en pormenores odiosos acerca de las miserias que presenciamos, sólo para satisfacer las exigencias de la Historia, dirémos en general que el magestuoso palacio de los egregios varones que tanto lustre dieron á la Iglesia y á la patria, aquel magnífico y vasto edificio, el mejor de la villa, que al parecer debía respetar la desamortización *por ser la morada del Prelado ordinario, con territorio separado, vere nullius*; fué siu embargo vendido á infimo precio con todas sus dependencias. En vano buscaria hoy el curioso el área que ocupaba: casas de particulares lo han reemplazado, sin que el pueblo vea en ellas, como en mejores días, la morada de sus especiales bienhechores. A la venta y demolición del palacio abacial siguió la del molino y alfolí de Arnulfo, el Colegio May, y en cuanto á las demás casas monacales fueron, segun expresión de un notable escritor, el arsenal de los necesitados, á donde acudieron en busca de hierro, muebles, tejas, ladrillos y maderaje, hasta que al descubierto y sujetas á la intempérie, quedaron completamente arruinadas. Si se exceptúa la Curia del Vicario destinada á estudios y Casas Consistoriales, y el edificio cedido para Hospital, hoy sólo existen recuerdos históricos de lo que fué MONASTERIO.

Igual suerte hubiera cabido sin duda al Real Santuario, más protegido por la tiernísima devoción que á su excelsa Patrona tienen los habitantes de aquella comarca, por los anatemas pontificios y por los recuerdos patrios, las tentativas de destrucción han salido siempre desgraciadas. LAS PAREDES DE SANTA MARIA QUEMAN LAS MANOS DE LOS QUE SE ATREVEN Á PROFANARLAS. Tal es la expresión que ha pasado á proverbio en el alta

montaña: la experiencia ha demostrado, en distintas ocasiones, la verdad de tal proverbio.

Aplazado el proyecto de convertir la basilica en parroquial, los devotos de SANTA MARÍA, no desistieron en su empeño de salvarlo, y esperaron mejores tiempos para el fin que anhelaban. Vanas habian de ser por desgracia tales medidas; la iglesia, lo repetimos, llevaba en sí misma desde el siglo IV el principio de su ruina, que hubiera evitado el arquitecto en 1827, si en vez de destruir las antiguas naves laterales, hubiese sustituido la gran nave ojival con la primitiva. Nunca deploráremos bastante el error entonces cometido, pues mientras contemplábamos integra y sólida la nave del crucero que se remonta á la época de Oliva, la ojival no tardó en derrumbarse, sin que sean precisos grandes conocimientos arquitectónicos para juzgar que la obra de 1826 á 1830 fué tan costosa como falsa: desde entonces dató la ruina del Real Santuario. Con lo dicho no pretendemos excusar la avidez, el delirio, el salvajismo de los que por todos los medios posibles trataron de apresurar la catástrofe, destejando la iglesia, aserrando el maderamen de la techumbre, dejando á la intemperie la gran bóveda ojival.

Parte integrante de la iglesia es el grandioso claustro, completo y sólido como en sus mejores dias en 1846. Visitólo en dicho año el distinguido jurisconsulto Heras de Puig; él fué la primera voz amiga que rogó oportunamente á la Comisión de Monumentos que salvase la obra maestra de Berga, Besora y Descatllar. Hé aquí sus palabras: *La puerta de la iglesia se halla actualmente tapiada, con el objeto sin duda de impedir que acabe de destruirse lo que hasta ahora ha podido salvarse; pero es verdaderamente lamentable que no se haya tomado igual medida de precaución con respecto al suntuoso claustro... y con este motivo creemos deber rogar á*

la Comisión de Monumentos artísticos de la provincia, que procure se tápie la puerta por donde el público puede penetrar en el claustro, á fin de que se evite el malogro de lo que hasta ahora no ha sido destruido (1).

¿Quién pensára que en vez de llegar alguna medida salvadora de la capital de provincia, pocos meses después el comisionado de la desamortización vendería á infimo precio el artesonado que tanto realizaba aquella maravilla del Arte? Consignemos con dolor que dicho funcionario público llevó á cabo con toda libertad su vandálico negocio, con tal imprevisión ó previsión que, rotos los estribos que ligaban las grandiosas arcadas con la pared del Capitulo, se desplomó en febrero de 1847 el ala correspondiente á la galería donde están sepultados los primitivos Condes de Besalú y de Barcelona. Con las arcadas se derrumbó la pared del Capitulo, y los templetes erigidos encima de las tumbas de Wifredo el Velloso y de Bernardo Tallafarro, que en aquella se apoyaban.

La trágica muerte del comisionado de la desamortización, víctima del suicidio á que le condujo, al parecer, un momento de enagenación mental (2), aterrorizó á los pocos que le secundaban, y una noble reacción atajó proyectos bastardos, sobre todo después que distinguidos escritores afearon el abandono con que era mirada la mejor gloria de Cataluña (3).

(1) *Excursión á la Montaña de la provincia de Gerona*, pág. 36.

(2) A altas horas de la noche levantóse gritando que los monjes le ahogaban, y se echó de un tercer piso.

(3) Nos referimos á la parte que la monumental obra: *Recuerdos y bellezas de España* dedica á SANTA MARÍA, y sobre todo á la lucubración titulada: *Cuatro perlas de un collar*, debida al eminente poeta D. Víctor Balaguer. Siempre recordaremos la honda impresión que en nuestra niñez nos produjo la lectura de aquellas bellísimas páginas en que tanto se

A este último objeto en 25 de agosto de 1850 la Excelentísima Junta Central de Monumentos artísticos é históricos del Reino confió al Dr. D. Eudaldo Raguer la custodia y reparación de la parte monumental, enviándole con el nombramiento escasos fondos, destinados al cumplimiento de su cargo, y en 12 de agosto de 1851 le fué expedido, á propuesta de la superior, el nombramiento de vocal de la Junta de Monumentos de la provincia. Grande fué el celo desplegado por Raguer; cuando otros datos no lo atestiguaran bastaría examinar en el archivo de la Comisión de Monumentos de la provincia su activa correspondencia encaminada al logro de sus nobles aspiraciones. Sin embargo, apesar de ser Raguer el hombre que en aquella desdichada época se necesitaba, sólo le fué dable prolongar la agonía del que estaba herido de muerte. Varias son las veces que hemos hecho notar providenciales coincidencias entre fechas memorables para la historia de Cataluña y la del Real Santuario, el terrible Cólera de 1854 nos recuerda también los fatales momentos en que se consumó la ruina, y aquí nos dispensará el lector una breve digresión, bien triste por cierto, sobre el *último Adios* de los ripolleses á SANTA MARIA y de SANTA MARIA á los ripolleses.

Era el mes de septiembre de 1854, el Cólera morbo habia invadido Cataluña, despobláronse las ciudades, las familias buscaban en lo más recóndito de las montañas un asilo que no encontraron. El terrible azote se cebó lo mismo en populosas ciudades que en las más

realza al gran monumento de Wifredo. De entonces data nuestro ferviente cariño al monasterio, á las *Cuatro perlas de un collar* se debe por más de un concepto la presente Reseña.

insignificantes aldeas. La villa estaba atestada de forasteros, el Ayuntamiento habia tomado serias providencias para alejar la misteriosa plaga y, en la previsión de su impotencia, habia creado una Junta de socorros, alquilado sepultureros y adquirido un espacioso campo para cementerio, hasta entonces sito ante la parroquial. El Cólera, cuál ángel exterminador, se presentó arrebatando en pocos dias las personas más notables, las que componian el Ayuntamiento y casi toda la Junta de socorros: contadas fueron las familias que no tuviesen que lamentar la pérdida de alguno de sus miembros.

Como medida sanitaria, cuantos morian eran arrebatados al momento á las casas y depositados, como en última despedida, durante algunas horas en el fúnebre y solitario recinto de SANTA MARIA, únicamente visitado entonces por las cigüeñas que anidaban en las alturas del bizantino campanario y por los azores y aves nocturnas que revoloteaban con pavoroso chirrido por entre sus bóvedas ennegrecidas y ruinosas.

Allí, en aquel lúgubre templo abandonado, antes régia morada de la excelsa Protectora de Cataluña, observamos largas hileras de ataúdes, allí aguardaban su turno para ser enterrados en el nuevo cementerio los que habian constituido el Ayuntamiento, allí varios pobres huérfanos, vimos, por última vez, entre multitud de cadáveres, los de nuestros amados padres, y prorumpimos entre sollozos con los que nos acompañaban: *Santa Maria, madre de los desamparados, protegidos!.....* Triste espectáculo era aquel, perdíamos entonces lo que el hombre más ama en el mundo, nos despedíamos de nuestros difuntos padres con abundantes lágrimas, en el sagrado recinto que iba por momentos á dejar de ser antiquísimo y seguro baluarte de la población afligida, para recordarnos, convertido en lamenta-

bles ruinas, el principio de nuestra orfandad (1). Terminó efectivamente la década de 1850 á 1860 con el hundimiento de casi toda la bóveda del centro.

Deplorable era el aspecto que á la sazón ofrecia la iglesia, los escombros formaban un monte de ingente ruina en medio del recinto; el musgo, los zarzales, los abrojos y aún los árboles medraban allí con exhuberancia portentosa, gracias á las aguas de la vecina acequia que al interior con ímpetu por varios conductos se precipitaban. Encaramábase la trepadora hiedra y extendíase por doquiera, ocultando tras de sí la portada medio cubierta por las ruinas del pórtico de Nuestra Señora, ocultando asimismo los ábsides, los robustos muros con gran parte de la torre-campanario; como si solícita quisiese librar lo aún existente de los ávidos ojos de la ignorancia y de la codicia. A tal estado vimos reducido el gran templo durante los primeros años de nuestra juventud. El corazón más insensible sentía al visitarlo emociones desconocidas, el rostro se encendía en vergüenza al contemplar el punible abandono del primer recuerdo monumental de la Reconquista, la Historia y el Arte, las ciencias y las letras protestaban contra tamaña iniquidad, y nunca tal vez nuestra lengua encontrará acentos más duros y enérgicos que los que brotaron de la inspiración del laureado poeta D. Francisco Ubach, cuando indignado ante las venerandas ruinas, prorrumpió en aquellos elegíacos versos de su popular composición titulada: ¡RIPOLL!

Honren ellos el fin del presente capítulo, ningún sitio más oportuno é indicado para los mismos, el lector

(1) La multitud de ripolleses que hoy viven y fueron testigos del Cólera en 1854, saben que cuanto aquí dejamos apuntado es histórico en sus más insignificantes pormenores.

los echaria de menos, si aquí no se los transcribiésemos:

¡RIPOLL!

Ja sóm aquí. Com va lo fill á veure,
Novembre al arribar, lo vas dels pares,
me 'm vinch jo al cementir, ab ulls plorosos,
de las glorias capdalts de ma nissaga.
Ayre, Senyor, que lo respir no 'm manque,
si á dins fet trossos lo meu cor saltava,
si foll d' indignació l' ira 'm desboca
tanteja 'l pes de mas brusentas llágrimas.
Lleváus, héroes capdalts; Comtes de ferro,
trencáu, si foreu tals, vostras mortallas,
que més que Llátzers flagellants mirarvos,
d' aquest trist lloch la soletat m' espanta.
Veniú, guiáume, arreplegáu las cendras
en jorns de dol per mans de borts ventadas;
jo so dels vostres, jo so un fill que torna
y la casa payral troba arrunada!

¿Qué fou del moniment? ¿Quina es la forsa
qu' esgabellá l' inmensa carcanada,
donant en terra ab la grandesa tota
de las valentas, seculars arcadas?
¿Qui ha rabassat las maravellosas joyas,
quin vent s' ha enduyt las colossals estátuas,
quin terratremol ha esvahit las tombas,
qui ha despenjat los delicats retaulas?
Aras, pinturas, torricons, reliquias,
tot es perdut; tot ho cercám debades;
tan sóls ne resta un temporal de pedra,
un mar de runas y un padró d' infamia!
No apar sinó que un negre estol de fúrias

per sos murals hagués fregat sas álas,
y profanat lo moniment al véures,
en terra avergonyit se deixás caure!

Jo 'l mir' y 'm sembla quan la nit desplega
son róssech de tenebras, la fantasma
que, no cabent en lo fossar dels segles,
las horas compta á son portal sentada.
M' apar en llurs pilans veure una ossera
per feras famolencas descarnada,
y en lo buydor dels finestrals las concas
d' uns ulls que al esperit enamoravan.
Sento en la fosca rodolar las pedras
pèl vent que xiula de son lloch tombadas,
y l' óliva xisclar, quan se deixonda
pèl fort tarrabastall esparverada.
Y s' alsan los recorts, y prenen forma,
y passen per mos ulls tristas imatges,
cossos sens ombra á qual trepitx sorollan
las llosas del traspól escarbotantse.

Y veig l' Emperador de las llegendas,
son roig mantell y son plomall al ayre ;
l' atlétich Comte ton patró y á l' hora
de Catalunya redemptor y pare.
Lo brau marit de la gentil Na Dolça,
espill de cavallers ; lo qui portava
las fitas del comtat entre sos braços,
hont roda l' Ebre sa corrent de plata.
Rodolf ; ton primé' abat ; aquell que 'l ferro
partia al brant de sa potentia espasa ;
Pallars, Rocabertis, guerrers y monjos,
mártirs y sants y trovadors y damas.
Y tots, planyentse en funeral silenci
la testa al pit ab sentiment acalan,

fins que 'ls allunya l' infernal botzina
del *Comte Arnau* que pèl Frezer devalla!

Recorts, recorts tan sóls, débil estela
que cada dia va minvant son rastre,
celistia de la nit, confosa idéa
que guarda l' orfe dels patons del pare.
Debades lo desitx ab veu conmosa
las gestas del passat aquí demana,
y 'ls ulls fituran per' llegí' en la pedra
dictats que un dia hi consigné l' escarpra.
Per un forat de la trencada volta
tan sóls la lluna un de sos raigs devalla,
mostrantne l' eura que als pilans s' aferra
y 'ls murs descarna ab sas arrels furgantas.
Mentres del cor los debatechs recompta
l' eco perdut que pèls racons s' amaga,
y al moure jo lo peu per las ruínas
murmura queixas escarnint petjadas.

Y demá ni 'l recort, demá ni l' eco,
demá Ripoll demanaréu debades!
un mar d' espigas rublirá la terra
y estendrá l' olivera aquí sas brancas.
Cantant tal volta l' *Comte Arnau*, remoga
rústech pagés despulles venerables,
y dintre l' sol osque un pilar la rella,
quan ell recorde de Ripoll las *faulas*.
Demá, si d' aquets héroes que aquí jauhen,
si d' est temple esfondrat algú li parla;
incrédul se 'n riurá duptant que un dia
tingués fills de tal lley la mare patria.
Mes, sens conéixels, si la patria crida
l' ajuda de sos fills, punyará l' arma,
y héroe será, puix bullirá en sas venas
dels héroes de Ripoll l' ardent sava!

Hoy que, gracias á la inquebrantable constancia y admirable solicitud del digno sucesor de Oliva el Excmo. é Illmo. Dr. D. José Morgades y Gili, ha vuelto á aparecer la basilica del siglo XI con todo su esplendor, serán calificados acaso de pronóstico de vate pesimista los versos :

*Y demá ni 'l recort.... demá ni l' eco
Demá Ripoll demanareu devades!*

Necesario se hace por lo tanto recordar que, al hundimiento de la bóveda, siguió una época en que el frio egoísmo no veía más que piedra vendible en aquellos restos históricos y artísticos; una época en que menzudados especuladores, para quienes no hay más Historia que el negocio ni más Arte que el de Midas, habían osado tasar en 8000 pesetas *la cantera de SANTA MARIA*. ¡ El Panteón de nuestros Condes, la *Casa paterna* de nuestras glorias no excedían para ciertas inteligencias y corazones, al precio de 8000 pesetas! En esos ruines tratos se andaba treinta años atrás, cuando tantas adversidades y audacia quitaron la esperanza de salvar el monumento, de tal suerte que el delegado Raguer, juzgando ya inútil su cargo, presentó respetuoso la dimisión, suplicando al despedirse de sus queridas ruinas, se concediese á lo más precioso siquiera un local para museo, en donde las futuras generaciones pudiesen admirar, por los despojos, lo que había sido en su parte artística el desaparecido monumento nacional de los catalanes.



CAPÍTULO XVI

PERÍODO CIVIL DE LA RESTAURACIÓN DE LA BASÍLICA OLIVANA.

Ruinas que facilitan la restauración.— Tres condiciones indispensables para lograrla.— Inventario de lo subsistente y digno de conservarse.— Reacción favorable á la restauración de la basilica.— La Academia de Bellas Artes de Barcelona en el monasterio.— Inauguración de las obras, planos de D. Elias Rogent.— Entusiasmo de los montañeses, jornales gratuitos.— *El Joyel de Wifredo, la Perla del Pirineo*.— Obras en 1863 efectuadas y sus consecuencias.— El monasterio es confiado á la Comisión de monumentos gerundense.— Visita la Comisión la basilica en 1867, resultados.— Delegación extraordinaria, hallazgo de los restos de Wifredo el *Velloso*.— Proyecto para convertir la basilica en parroquial.— Consideraciones contra la idea de conservar la parte monumental de SANTA MARIA en estado de ruina.— Nueva visita de la Comisión en 1877, reconocimiento del sepulcro de Bernardo Tallaferró.— El trienio de la delegación de D. José M.^a Pellicer y Pagés.— Estado de la basilica y su claustro en 1881.



DEMASIADO pronto el desaliento se apoderó del benemérito delegado Raguer. El hundimiento de la bóveda ojival en vez de contra-tiempo fué un gran bien para la futura suerte de la basilica. Aquella bóveda que en mal hora reemplazó en el siglo XV la de medio cañón, quitaba al conjunto la homogeneidad, y era una constante amenaza de la ruina que tarde ó temprano había de sobrevenir. Las obras del año 1826 no hicieron más que aplazarla, y los futuros gastos para continuas